

eterna; toma su tiempo para sacar de la esclavitud á los pueblos, porque las cosas de la Providencia no acontecen, no llegan á su sazón sino á su tiempo marcado. Los frutos de la libertad, como los demás frutos de la tierra, no son buenos y útiles sino á su punto de madurez. Sabe muy bien que la violencia, que todo lo destruye en un momento, nada, nada es capaz de formar: ó si establece repentinamente con todos los esfuerzos de los hombres y como por mágica, el instante que sigue al de la fundación verá caer desplomado el edificio sin bases añejas.

La Iglesia no derroca nunca lo que una vez edificó: por esa razón es muy lenta en construir, pero haciéndolo sobre cimientos incontrastables. Avanza pausadamente, pero jamás retrograda; y esa es la condición del verdadero progreso. Y cuando nosotros afirmamos, señores, que ha introducido en el mundo la verdadera libertad, no queremos dar á entender que ha dado á las naciones cartas, constituciones, ó leyes políticas. No es esta su misión; no ha sido divinamente instituida para gobernar la tierra, ni para reformar los gobiernos humanos, como ni tampoco establece sistemas de filosofía, ó teorías científicas, á pesar de poseer la eterna Verdad, manantial de todas las verdades. Está hecha para enseñar á la tierra las cosas del cielo.

Ella va echando en el trascurso de los tiempos las palabras de la eternidad como semillas inmortales y fecundas: con los siglos, estas semillas brotan, puján, se levantan, crecen, se desarrollan y fructifican. Derrama sobre los hombres el Espíritu de Dios que le ha enviado su divino Maestro fundador; y este Espíritu de Dios es el que en toda la haz de la tierra por do quiera es recibido por corazones de buena voluntad.

Espíritu de sabiduría, espíritu de inteligencia, de ciencia y luz, penetra, alumbra, ilumina y vivifica todas las doctrinas y enseñanzas humanas, sin dejarse empero encadenar por sus formas. Espíritu de fuerza y de libertad, se mezcla, se introduce en las instituciones de la tierra, pero sin fijarse, sin enclavarse en ellas: las empuja hácia adelante, las alienta, y excita; las perfecciona por un progreso continuo y seguro: da á los gobiernos la autoridad verdadera, é inspira á los pueblos el sentimiento y deseo de la verdadera libertad.

Por medio de este Espíritu, y con solo este Espíritu, los reyes y los pueblos podrán comprenderse y se alargarán la mano; y así es como se irá operando por grados, mansa y suavemente, pero con firmeza, —si los hombres no desconciertan los planes de Dios, ni embarazan sus caminos,—la verdadera, la segura, la noble manumisión del linaje humano.

INMORTALIDAD DEL ALMA.

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazón maleado de incredulidad.

(HEB. III, 12.)

Escribiendo en San Marcos de Leon un célebre español un tratado sobre la inmortalidad del alma, más há de ciento y sesenta años, dió principio con estas notables palabras: en ninguna cosa se echa de ver, con tanta infamia del entendimiento humano, la torpeza bestial y la noche que derrama é introduce en el hombre el pecado y el vicio, como en haber necesitado de que se escriba y defienda que hay Dios, que su providencia gobierna el mundo y que las almas son inmortales. Solo el perdimiento más rematado pudo persuadir que las cosas todas sin Criador se criaron; y sin Hacedor se hicieron; y que no habiendo choza sin dueño en el mundo, el mundo no tiene dueño. Tú das crédito á Tácito, á Plutarco, y á los cuentos y fábulas de Esopo, en lo que no has visto ni oído, ni ellos tampoco; y no lo das á tí mismo en lo que ves, en lo que tocas, en lo que oyes, en lo que sientes, piensas y raciocinas. Tú das crédito á los platónicos, peripatéticos, estoicos y pitagóricos, en muchas cosas en que no hablaron ni como filósofos ni como historiadores; y se la niegas, cuando en la cosa más importante del mundo te dicen á una voz: *Morte carent anima*. Tú das crédito á Epicuro, á Lucrecio, á Luciano, á Diágoras, Milesio y á otros cuantos hombres inmorales, que tienen á su vientre por su fin, su término y su Dios; y no crees á la Europa entera, á toda el Asia, África y América, cuyos habitantes te gritan, que tu alma es inmortal. Tú das crédito á unos hombres atrevidos, temerarios y locos, que en nuestros días te dicen, que nuestra alma es un soplo que se acaba con la vida; que no nos diferenciamos de las bestias más que en una organización material más delicada; y se la niegas á los muertos, cuyas almas vivas é inmortales se han aparecido y hablado á los hombres; se la niegas á los Santos que han resucitado; á las divinas Escrituras, que en uno y otro Testamento te lo enseñan; á los venerables Concilios que condenan tus errores; á la Igle-

sia santa que te predica sus verdades, y al mismo Dios eterno, sábio y santo que te lo dicta. Dios dice: *hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza* (GÉN. I, 26). ¿Dónde hallaremos en el hombre la semejanza de Dios inmortal, si el alma del hombre es materia y muere con su cuerpo? Dios dice, que *crió al hombre inmortal* (SAP. II, 23). Si todo el hombre muere, ¿cómo puede verificarse esta divina verdad? Dios dice: *no queráis temer á los que matan el cuerpo, y nada más pueden hacer, porque el alma no la pueden matar; temed solamente al que puede precipitar el cuerpo y el alma en el abismo por los pecados* (MATTH. X, 28). Si los hombres pueden matar el cuerpo, mas no el alma, ésta no muere con el cuerpo; ésta sobrevive á la destruccion de su cuerpo; ésta es inmortal, ó Dios miente y torpemente nos engaña. Dios dice, que *él es la verdad y la vida* (JOAN. XIV, 6); luego no nos engaña ni miente, cuando nos ofrece la vida eterna en premio de la observancia de sus preceptos. Si hay vida eterna para el virtuoso, ¿cómo ó cuándo podrá conseguirla, si todo el hombre muere? Dios dice: *id, malditos al fuego eterno, porque no habeis hecho buenas obras* (MATTH. XXV, 41). Si el alma es mortal como el cuerpo, si la comen los gusanos como al cuerpo, si se reduce á polvo como el cuerpo, si es pura materia como el cuerpo; ¿cómo puede estar en los tormentos eternamente, siendo nada? Dios dice: *bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios* (MATTH. V, 8). Pregunto, no siendo el alma espiritual é inmortal, ¿cómo podrá ver á Dios, por más justa que sea en esta vida? Dios dice: *bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (IBID. 10). ¿Cuándo puede el justo injustamente perseguido conseguir el cielo, si su alma es un soplo que con el cuerpo muere? Dios dice: *Revertatur pulvis in terram suam... et spiritus redeat ad Deum, qui dedit illum* (ECL. XII, 7). En suma, ó Dios miente, ó dice la verdad. Dios es un sér eterno, infinitamente perfecto y santo, á quien infinitamente le repugna la falsedad y la mentira: si Dios mintiera, no seria Dios, y seria mentira, falsedad y engaño que habia cielo, infierno, encarnacion del divino Verbo, vida, muerte y resurreccion de Jesucristo; fundacion de su Iglesia, establecimiento del Cristianismo, destruccion del gentilismo, dispersion de la Sinagoga, milagros, profecias y sacramentos; con otros millares de cosas, que vemos con nuestros mismos ojos y tocamos con todos los sentidos. Luego no miente; luego si Dios existe y habla la verdad, es menester creer la inmortalidad del alma. En efecto, me parecen íntimamente unidas estas dos verdades: la existencia de Dios, y la inmortalidad de nuestras almas. Si la primera se

demuestra, la segunda queda probada; y si ésta se niega, no puede sostenerse aquélla. De la existencia de Dios se sigue necesariamente, que ha de amar lo bueno y aborrecer lo malo; que ha de amar la virtud y castigar el pecado. Esto no se ve innumerables veces en esta vida; luego precisamente ha de haber otra. Si el alma del virtuoso muere con su cuerpo, ¿cuándo experimentará el premio de su virtud, no habiendo experimentado en esta vida más que trabajos, dolores, enfermedades, calumnias y persecuciones? ¿Dónde está la bondad de Dios? la justicia de Dios? la santidad de Dios? Si el alma del malvado no sobrevive á la destruccion de su cuerpo, ¿cuándo experimentará el castigo de sus hurtos, sus detracciones, sus torpezas, sus ingratitudes, sus traiciones, sus calumnias, sus opresiones y crueldades, no habiendo experimentado en su vida sinó las delicias, los placeres, los contentamientos de los sentidos, gozando la salud más robusta, poseyendo las riquezas más cuantiosas, obteniendo los empleos más brillantes, y rodeándole los aduladores más continuos? Estas verdades, amados cristianos míos, son tan claras y luminosas, que persuaden y convencen con solo presentarse. Sin embargo, conviene deciros con S. Pablo, que vivais cuidadosos para no abandonar su creencia; no dejes corromper vuestro corazon con los desórdenes de los vicios, porque entónces el corazon corrompido exhalaria vapores fétidos, que llegarían tarde ó temprano á oscurecer las luces de vuestro espíritu con las negras nubes de la incredulidad. *Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.*

Si yo hablara en este discurso con solos vosotros, amados hijos míos, no necesitaba para confirmaros en la fe cristiana que dichosamente profesais, mas que haber tocado ligeramente los divinos oráculos que invenciblemente demuestran la inmortalidad de nuestras almas, como lo habeis oido. Al deciros: Dios ha hablado, Dios lo enseña, Dios lo predica con obras y palabras; todos, humillando vuestro entendimiento en obsequio de la fe, escucharíais á Dios con el más profundo respeto, creeríais cuanto os dijese, y obedeceríais en cuanto os mandase. Pero, ¡ay! vivimos en unos dias malos, y el orgullo de la razon humana no quiere doblar su dura cerviz sinó á la vista de las demostraciones. Procuremos dárselas en el presente asunto: hagámonos un todo para todos, para ganar á todos para Dios. Ello es, que no hay cosa más íntima, ni que más nos interese que nuestra alma, y nada nos es más importante que conocerla bien. Debemos estudiar su naturaleza, debemos observar sus operaciones, para adquirir por este medio una ciencia experimental de este sér interior que anima nuestro cuerpo. Usemos pues de la razon con toda

la rectitud que podamos, y por ahora no insistamos en presentar más divinos oráculos de las santas Escrituras, definiciones terminantes de los Concilios Vienense y Lateranense, ni sentencias claras y expresas de los santos Padres. Hable la razón sola; y pues tanto pretenden los incrédulos tenerla de su parte, demostrémosles su error, y hagámosles ver con los propios ojos de su entendimiento, la libertad de su alma racional, la inmaterialidad, la espiritualidad y la inmortalidad.

Pidamos ántes los auxilios de la gracia : A. M.

1. Para probar demostrativamente á los incrédulos que nuestra alma es libre, que obra por elección y no por necesidad, que no se halla determinada por una fuerza secreta, pero irresistible á sus determinaciones, sinó que es dueña de elegir entre los partidos que se le ofrezcan, el que quiera; yo los tomo á ellos mismos por testigos de esta verdad. Se les ha evidenciado la existencia de Dios, y la han creído: se les ha demostrado la necesidad de un culto y la verdad de una religión, y la han admitido: se les dice ahora, que este Dios y esta religión enseñan que el alma goza de libertad, porque es inmortal, como resultará después, y lo niegan, y no lo admiten ni lo creen. Ved ahí una evidente contradicción entre sus obras y sus palabras, entre su sistema y su razón. Ellos admiten lo primero, porque quieren; ellos no admiten lo segundo, porque no quieren; ellos son dueños de sus acciones para querer ó no querer como les pareciere: luego ellos son libres. No encuentro como la razón humana pueda negar una consecuencia tan legítima. Si por galantería, si por vanidad de parecer superiores á las que llaman preocupaciones vulgares; si por un extravío el más doloroso del entendimiento humano, tratasen de negarlo, ni podrían persuadirlo á pueblo alguno, ni ellos mismos quedarían persuadidos de que hablaban con sinceridad. El mundo entero, convencido de esta verdad, los confundiría; todo el género humano, que jamás ha variado de opinión en este punto en la carrera dilatada de los siglos, se les opondría y daría en rostro con su absurda necedad. De lo contrario, no serían los hombres responsables de sus acciones; ni al cielo ni á la tierra deberían dar cuenta de sus vicios ni de sus virtudes; los hombres entonces siempre harían lo que deberían hacer, porque no podrían jamás dejar de hacer lo que hacían; y no habría entre ellos, ni buenos ni malos, ni culpados ni inocentes, ni viciosos ni virtuosos, ni premios ni castigos.

Todas las leyes del cielo y de la tierra suponen, reconocen y con-

fiesan la libertad del hombre, y sin ésta, jamás se habría discurrido cosa más ridícula, más injusta ni más cruel, que las leyes que impusiesen penas á los malhechores. Suponed que se congregan con mucho aparato y majestad en el teatro de su tribunal una porción de jueces, para reprender y castigar á un hombre por una acción que ni es buena ni mala; por una acción que él debió hacer, porque no podía dejar de hacerla; por una acción á que se vió impelido por una fuerza extraña é irresistible: comparece el que llaman reo; le hablan los jueces, le afean su hurto, su homicidio, su traición; le imponen pena capital; y él á todo responde: no tenía ni tengo libertad; no pude dejar de hacerla; hice lo que debía. ¿Qué tal? ¿creerían aquellos jueces á aquel hombre? ¿Se darían por satisfechos los legisladores de Grecia, de Lacedemonia, de Roma... ¿Qué digo? ¿para qué nombro aquellos Numas, Licurgos y Solones? ¿acaso los hotentotes, los patagones, los pampas, los iroqueses y otras naciones, tan poco civilizadas como aquéllas, cayeron jamás en el delirio de una opinión tan loca, tan monstruosa y tan absurda? ¿Qué hombre buscó jamás testigos para probar, que teniendo vista despejada veía el sol al medio día, estando el tiempo claro y sereno? ¿Quién buscó testigos para probar á los que estaban presentes, que vivía, que pensaba, que andaba? Solo un demente el más rematado podría pensar, hablar y obrar tan desatinadamente. Solo el que negase la libertad del hombre, excedería á aquel degraciado demente en sus despropósitos. En efecto, si la convicción, la más íntima y más fuerte en que todos los mortales estamos de nuestra libertad; si la aprobación que nos damos á nosotros mismos cuando obramos el bien no existe; si la desaprobación que pronunciamos contra nosotros, cuando hacemos el mal, es una ilusión; Dios nos engaña y engaña torpemente á todo el género humano, y esto sería un error *pejor priore*. Porque ¿qué cosa más indigna de la santidad de Dios, de la justicia de Dios, de la majestad y bondad de Dios, que burlarse y engañar á los hombres, por quienes se hace hombre, vive, padece, muere y resucita? Si el hombre no es dueño de sus acciones, ¿para qué Dios le ha dado la ley natural? ¿para qué aquella luz de la razón, aquel grito de la conciencia que nos muestran invenciblemente lo que es conforme al orden y lo que no lo es? ¿Esta ley no es tan antigua como el mundo? ¿no está grabada con caracteres indelebles en nuestras almas? ¿Han conseguido jamás los hombres que nos precedieron, ó podremos conseguir nosotros borrar de nuestro corazón todos sus preceptos? Si las ideas del vicio y de la virtud son fantásticas, porque el hombre no es dueño de practicar lo uno, ni huir lo otro, ¿cómo el Omnipotente le impone

leyes positivas, leyes divinas, mandándole practicar la virtud, y ofreciéndole por ello premios eternos? ¿Cómo es tan injusto que amenaza con castigos al vicioso, y se los aplica efectivamente en pena de su pecado? Pienso que no hay necesidad de detenernos más en demostrar una verdad confesada por todo el género humano, sabida en todos los siglos y probada hasta la misma evidencia por los mismos, que por capricho la impugnan. Usad, hijos míos, de esta libertad que el Criador dió á vuestra alma para apartaros del mal y obrar el bien, para huir el vicio y practicar con mérito la virtud. Estos son los designios de Dios para haceros felices; estos son los nuestros, y tales deben ser vuestros designios.

Ya vosotros sabreis, amados cristianos míos, que los materialistas modernos no hacen otra cosa que seguir ciegamente los errores y extravíos de la razón de sus antiguos maestros los Hóbbes, los Espinosas y los Epicuros. Que no había diferencia esencial entre el espíritu y la materia, decían los primeros. Que no había más que una sustancia con dos modificaciones, decían los segundos; esto es, que la sustancia podía considerarse como extendida, y entónces se llamaba materia; y se podía considerar como cosa que piensa, y en tal caso se llamaba espíritu. Y por último, los terceros decían, que el alma del hombre era un compuesto de átomos materiales muy sutiles y delicados, cuyos movimientos, diversificados por varias combinaciones, hacían la diferencia de las almas. Tales son los sistemas del materialismo, reproducido en nuestros días, sin exámen de su antigua falsedad. Triunfemos de un golpe de este fantasma, demostrando hasta la evidencia la inmaterialidad de nuestras almas, de cuyo exámen resultará claramente su espiritualidad é inmortalidad.

Yo pienso; todos los hombres racionales piensan: esta es una verdad evidentísima, una verdad que confesamos nosotros, que confiesan los incrédulos y confiesan todas las naciones del universo. Si mi alma es materia, esta materia precisamente ha de pensar, ó por su misma naturaleza, ó por sus configuraciones, ó por sus movimientos: no hay efugio. Fórmese la idea recta de la materia, cotéjese ó compárese con la experiencia, y se verá que ella es una sustancia extendida ó cuantitativa, susceptible de muchas configuraciones ó modificaciones, y capaz de diferentes y varios movimientos. Resulta pues con evidencia, que si ella piensa, ha de ser precisamente, ó en virtud de su misma naturaleza, ó por sus configuraciones, ó por su movimiento. Nada de esto sucede, ni puede suceder; luego debemos resolver que nuestra alma es inmaterial.

Que la materia no piense en virtud de su naturaleza, ó precisa-

mente como materia, es tan claro, que yo presento por jueces á los mismos incrédulos, aunque busquen por adjuntos á todos los hijos de Adán. Díganme, ellos ó alguno de ellos; ¿si piensan los mármoles, los bronces, los jaspes, las piedras preciosas, el barro, la madera? ¿Habrá algún racional que asegure que estas materias piensan, han pensado, ó pueden pensar, precisamente en virtud de su naturaleza ó en cuanto son materia? Un absurdo, tan contrario á la razón y á la experiencia, ¿se ha creído jamás, ó ha sido pensado por algún hombre sensato? ¿Hay algún autor que haya escrito de los pensamientos de los peñascos, del hierro ó del acero, del plomo, la plata, el oro y otros metales? Si la materia piensa en virtud de su naturaleza, hallándose en todos esos seres y en otros innumerables la materia en cuanto materia, ó según la virtud de su naturaleza, en todos debe tener actuales pensamientos.

Y si no los tiene en virtud de su naturaleza, y, sin embargo, la materia piensa, esto será en virtud de sus configuraciones. Comprendamos bien la idea de la figura y la del pensamiento. La figura pues, ó la modificación de la materia, no dice más que una extensión mayor ó menor, terminada de esta ó de aquella manera; quiero decir, que toda y cualquiera parte de materia se puede considerar como ella es, ó rotunda, ó cuadrada, ó triangular, ó polígona, ó plana, ó convexa, ó cóncava, ó con otras figuras y modificaciones semejantes ó diferentes. Yo pregunto ahora: ¿ha habido algún hombre, si no estaba demente, que asegurase seriamente, que las agujas de las torres del famoso templo del Escorial pensaban, porque son piramidales? ¿Que las bolas del puente de Toledo pensaban, porque eran ovaladas ó rotundas? ¿Que las columnas del nuevo Museo de Madrid pensaban, porque eran del orden toscano? Sería menester entónces considerar el pensamiento como piramidal, como redondo, cuadrado, cóncavo ó convexo. ¿Esta evidente verdad no arranca lágrimas, ó mueve la risa? Si no lloramos los extravíos del entendimiento humano, ¿no es menester reirnos de los despropósitos, extravagancias y absurdos, en que necesariamente caen los que dicen que es material el alma del hombre? ¿Quién jamás comprendió el pensamiento como plano, cuadrado ó triangular? ¿El pensamiento no excluye esencialmente todas estas configuraciones? No queda ya otro arbitrio que apelar al movimiento. ¿Pero éste podrá dar pensamientos á la materia movable? Examinémoslo.

El movimiento de la materia no es otra cosa que el transporte de un cuerpo de un lugar á otro, con mayor ó menor velocidad, con esta ó aquella dirección, con aquellas ó las otras combinaciones. Es eviden-

te que nada de esto puede dar pensamientos á la materia. ¿Piensan los ladrillos, las tejas ó las frutas, porque las lleven de un lugar á otro? ¿Piensa una bala de fusil, porque se dispara de un cañon con tanto impetu, ó piensa un monton de paja, conducido lentamente por un carro de bueyes? Aquí hay diferentes movimientos, más ó ménos veloces, más ó ménos lentos, pèsados ó perezosos. ¿Con cuál de ellos se piensa? ¿Será la causa del pensar que el uno toma su direccion al Norte y el otro al Mediodía? ¿este al Oriente y aquel al Ocaso? ¿ó será por las combinaciones del movimiento? Pero esto no quiere decir otra cosa, sinó que los movimientos unas veces son opuestos, y otras uniformes y conspirantes á un mismo término; unas veces son iguales y otras desiguales. Si son opuestos, chocan los unos contra los otros, y retardan, disminuyen ó destruyen su movimiento con aquel encuentro, segun que es más ó ménos violento en los cuerpos movibles. Si son conspirantes, se favorecen unos á otros, y el movimiento resulta más veloz. Pero sean encontrados ó uniformes, lo que en todo esto únicamente puede concebirse, es; que la fuerza motriz les dió mayor ó menor impulso, esta ó aquella direccion; pero deducir de aquí que la materia piensa por esta direccion ó aquella, por aquella velocidad ó tardanza, ó por esta igualdad ó desigualdad de movimientos, es un absurdo el más extravagante y la ignorancia más estúpida de la fisica que puede concebirse. Pero si la materia no piensa por el movimiento, ¿pensará por el reposo? Es cierto, hijos míos, que la materia es susceptible de uno y otro estado. De su propia naturaleza es inerte é inmóvil: una fuerza extraña puede imprimirle un impulso y ponerla en movimiento, el que ella no tomaria por sí misma jamás, si se la dejara en su natural reposo. Ahora pues yo os pregunto: si la materia por su propia naturaleza es inerte é incapaz de moverse por sí misma, ¿cómo será capaz de pensar? ¿Formará grandes pensamientos por sí misma, la que por sí misma no puede formar el más pequeño movimiento? Reflexionadlo cuidadosamente, y no olvideis el inconveniente absurdísimo y horribilísimo, que de aquí se seguiria: advertidlo bien, porque es de suma importancia. Si nuestra alma es materia, todo el mundo sabe que en tal hipótesis el hombre seria una máquina sujeta á las leyes necesarias de la mecánica; careceria el hombre de libertad y los vicios y virtudes no serian más que voces sin algun significado. ¡Qué horror! ¿Es posible que el alma valerosa y magnánima de los Corteses, los Ruidíaz de Vivar y los Gonzalos Fernández de Córdoba; el alma política y virtuosa de los Cisneros y los Saavedras; el alma sábia de los Arias Montanos y Antonios Agustín; el alma hermosa y discreta de

los Lopes, los Calderones, los Argensolas, los Ercillas, Rebolledos y Cervantes; y sobre todo las almas santas de los Isidoros, Fulgencios, Ildefonsos, Braulios, Valeros, Alcántaras, Rójas y tantos millares de otros ilustres españoles, que unos por la virtud, otros por las letras, otros por las armas han sido la admiracion del mundo; es posible, digo, que las almas de todos estos no eran otra cosa, que un poco de materia, más fina y delicada que la de los peñascos y jumentos? ¿Es posible que unos hombres tan beneméritos de su pátria y de todo el género humano, no han merecido más para con Dios que los ladrones, los falsarios, los homicidas, los traidores, los ingratos y todos los demás bribones, que han sido el oprobio de la razon y el escándalo del mundo? Tan opuesto y tan diametralmente contrario es este abominable sistema de los materialistas á las luces de la razon y á los bellos sentimientos de la naturaleza. Resulta pues, como una verdad demostrada hasta la misma evidencia, que la materia no puede pensar ni por su naturaleza, ni en virtud de sus configuraciones, ni en razon de sus movimientos, ni por causa de su quietud y reposo. Luego es imposible que la materia piense: luego nuestros pensamientos tienen por principio una sustancia espiritual.

Si, amados cristianos míos: hay en el hombre, además del cuerpo organizado, una alma espiritual; una alma que piensa, que raciocina, que reflexiona, que elige con libertad los medios que le parecen más oportunos para el fin que pretende, despues de haberlos examinado y combinado en sí mismos y con relacion al fin. Para demostrar esta verdad con la solidez que hemos evidenciado, que la materia nada de esto puede hacer, preguntemos á los materialistas, ¿si hay en el mundo hombres tan estúpidos, salvajes y bárbaros, en quienes no se hallen ideas bien perceptibles, de la teoría de la mecánica, de la política, de la justicia y de la virtud? Supongamos dos indios iroqueses, patagones ú hotentotes, que traten de mover una gran piedra, que excede por su pesantez ó gravedad las naturales fuerzas de sus brazos. ¿Qué hacen? buscan inmediatamente un leño que les sirva de palanca, y con su mayor ó menor longitud duplican ó triplican su actividad y sus fuerzas, y mueven fácilmente con ella aquel enorme peso. Supongamos que quieren arrancar las raíces de un árbol, ó tronchar algunas de sus ramas; ¿cómo lo ejecutan? Disponen en tal proporcion sus piés, sus manos y su cuerpo, que apartando éste cuanto pueden del punto de apoyo de sus piés y en direccion opuesta, logran con más prontitud y ménos trabajo la ejecución del pensamiento concebido. De la misma suerte, dando un día con una espada sobre una piedra, ven que han saltado chispas: admiran el